

Aldo Torres Púa

Cautín-Poesía

RIO IMPERIAL



IO Imperial, como la vida.
Látigo de penas.
Cordel de alegría.
Vivo acero que canta.

Hijo de la luna nueva
que recorres la tierra.
Cumbre sagrada,
blanca
altura descendida.
Cada piedra, un hacha.
Por las quebradas infinitas.
Cabellera de espumas. Mensajero.
Tus valles son epístolas del cielo.
Prodigioso furor disciplinado
por la naturaleza
regalado.

Río Imperial, el cubo
de las cuatro estaciones
conduces del ayer hacia el futuro,
como el obrero fiel a sus funciones.
Poder multiplicado.
Giras. Giras en el dentado
metal redondo de las sierras.
Del rojo corazón de las maderas
—¡oh transparente Dios burlado!—
haces crecer un alto mar dorado
de riqueza extranjera.
¡Oh vegetal memoria del pasado!
Los verdes habitantes de la selva
ya no exploran la altura en tus riberas.

Río Imperial, ¡ay!, cuando llegan
los estíos fecundos,
cómo penetras con tu fuerza
en los oscuros
motores de la siega
y cómo de crepúsculo a crepúsculo
no descansa tu rueda.
Tú atas y desatas la gavilla,
tú endulzas el sudor de la faena
y tu nieve ancestral se vuelve harina.

Río Imperial, el calendario,
sobre un instante de tu huella,
cuántas veces levantó el escenario
de la tragedia.

Por tus orillas florecieron
las estériles cruces.

Alimentaste llanto sin consuelo
bajo la negra nube.

¿Dónde la madre, el padre? ¿Y el amor? ¿El
Preguntadle al destino, [hijo?
cómplice del corazón endurecido.

¡Río Imperial, como la vida, oh río
de vida y muerte, oh río de infinito!
Mi adolescencia se bañó en tus aguas,
príncipe de los ríos de mi patria.

EVOCACION DE PITRUFQUEN

Brasero de cenizas
ardientes, fiel recodo
del tiempo, pienso en ti
y el corazón abre en mi boca
sus pétalos de amor, y resucita
tu hoguera de cerezos y de aromo.

Tu verde isla perdida,
mi estival primavera
—¡fugaz eternidad!—

pueblan tu almohada caudalosa
y un día tuyo muere sobre mi hombro
con un lento llorar de madre selva.

Por tu cielo va el rojo
narciso de la luna,
olvidada la hoz,
y el material de nuestras voces,
por el tamiz de frondas temblorosas,
enriquece el rumor de las estrellas.

Otoño y eucaliptus.
Bramido en las colinas.
Beso. Felicidad.
Desde el placer a la tristeza.
Quedó mi juventud en tus caminos,
como un ciego que busca sus pupilas.

¡Oh tardes! Una rama
con espinas y fruto.
Un libro. La pasión.
Ceniza, párpado del fuego.
Con la interrogación de tu recodo,
yo labro mi camino por el mundo.

PUELCHE

Soplo de transparente hierro azul.
Aguila originaria de palomas.
Respiración multiplicada de los Dioses
de mi patria, tendida junto al mar,
en ángulo de eternidad con la montaña.
Salud de abismos y surcos de granito
donde el cielo sumerge las raíces
de sus jardines transitorios
de astros y de estrellas,
de constelaciones.

Veloz tensión. Regreso permanente
del Ser hacia la cuna del vaivén oceánico.
Con tu invisible piel
de independientes lágrimas,
eres el hijo pródigo del silencio
que amasa las incesantes formas del sonido
y habita el más antiguo
de los palacios del misterio.

Aliento de alturas. Llamada fría.
De un costado a otro costado,
nos penetras y quedamos temblando
del conocimiento de que somos
y no somos.

Si mueres antes de tu muerte,
llora el párpado copioso de la nube.
Si cumples tu mandato de tres días,
el tiempo conserva su corona de oro.

Palpita en ti el ayer, el ahora
y el mañana.
¡Oh piedra en alas de lo que sucede!
Como la hebra de un suspiro largo,
haces del alma el ojo
de una vibrante aguja de cristal.
Entre el tumulto de tu vuelo cósmico,
tiemblo por las verdades desolladas
que hieren como una brasa blanca.

Arco ancestral. Enigma. Meditación.
Clamor. Lengua de fuego en mi bandera.
¡Oh viento macho! ¡Soplo de Dioses, ven,
que una putrefacción carcome
los peldaños del aire!